

Publicación DiGiTal

DIDASCALIA

DRAMATURGIA

CABEZA DE AGUA

SOFÍA SANDOVAL
NAVARRO



EDICIÓN 2023

LOS DEL
QUINTO PISO

Publicación DiGiTal

DIDASCALIA

DRAMATURGIA

El Texto incluido en esta edición fue escrito en 2023 en el Programa de formación en escritura dramática DIDASCALIA. Es propiedad intelectual de Sofia Sandoval Navarro. Para montaje, representación o lectura pública comunicarse con la autora: corazondelascosas@gmail.com

DRAMATURGIA
DIDASCALIA
Publicación DiGiTal

CABEZA DE AGUA

SOFÍA SANDOVAL NAVARRO

DIDASCALIA

EDICIÓN 2023

*Para los helados de mi niñez y el pan con natilla,
para mi gusto por los boleros, para el pasar del tiempo,
para el asombro, para la soledad,
para un niño que hoy es señor.*

A Tito,
que olvidando me ha hecho recordar lo importante

Personajes:

Señor

Niño

Luisa

Una vez

Una sala de televisión, una pantalla plana mediana “Smart TV”, un sillón individual verde-azul, viejo y roto, reparado con cinta adhesiva, una ventana abierta y su cortina abierta que baila por el viento del mes de mayo y la lluvia.

Un señor mayor, de unos 80 años, sentado sobre el sillón, ve en la televisión, hoy, como todas las tardes, el mismo canal que pasa los partidos de fútbol. Viste un suéter de lana, un buzo de pijama, unas medias y unas sandalias para estar en casa.

Suena la televisión.

Campbell avanza en busca del máximo objetivo, peligra, está en el área.

Avanza.

Uh, cerca, pero se retira.

Bolaños acompaña por la izquierda.

Va para Bryan.

Un niño de unos 10-11 años -lleva unos tenis blancos y sucios llenos de tierra y el pelo empapado de sudor, una pantaloneta corta y una tshirt- se asoma por la ventana, apenas y se le ve la mitad de su cara, escucha el sonido del televisor, pero no ve a nadie, deja caer silenciosamente por la ventana su bola de fútbol, entra a la casa. Atraído por el partido se acerca a ver la televisión justo detrás del sillón donde está sentado el Señor.

Está en el centro, vamos Bryan.

Se la da a Bolaños se la pasa a

Campbell.

Campbell llegó al área.

Campbell.

Vamos Joel que sea gol, que sea gol.

Saca la marca, ¡tiró!

Señor: ¡Gol!

¡¡GOL!!

Señor: *(Se pone de pie).* ¡¡GOL!!

Niño: ¡¡GOL!!

La televisión sigue al fondo.

Señor: ¡¡GOL!!

Se percata del niño, lo vuelve a ver, asustado agarra lo primero que tiene a la mano y amenaza a golpearlo, a su vez el niño salta del susto al ver que no está solo.

Niño: ¡No, no, no!

Silencio, ambos se quedan viendo.

¡¡GOL!!
De Costa Rica.
¡¡GOL!!
Se hace justicia
Se hace justicia
Justicia divina
¡Golazo!

Niño: (*Presentándose*). Alberto, perdón que entrara así, pero es que no me lo quería perder.

Silencio.

Niño: ¿Usted? ¿Su nombre?

Señor: Sálgase de mi casa por favor.

Niño: (*Lo detiene con la mano*). ¡La repetición!

¡Ahí está!
Campbell avanza con fuerza, se retira,
pero va por más.
Perfecta comunicación de Bolaños
que se la pasa a Bryan.
Viene Bryan,
se la pasa a Bolaños,
Bolaños a Campbell,
llega al área
y dice ¡¡GOL!!

Señor: (*El Señor ve la repetición y vuelve en sí*). Pero ¿qué pretende? No

puede solamente entrar a la casa de alguien más y ver el partido.

¡Salga ya mismo! ¡O voy a llamar a...!

Niño: *(El Niño ve una repisa con bolas de fútbol, fotos de un equipo y varios trofeos, interrumpe al Señor). ¿Y esto?*

Señor: Esos son... Eso no es importante, no puede estar entrando así a las casas, pudo matarme.

Niño: ¿Matarlo? Este, ¿este es usted? ¡¿Usted es jugador de fútbol?!

Señor: Matarme del susto, soy nervioso y solo. Fui. Fui jugador de fútbol.

Niño: ¿Cuál es su nombre? Enséñeme, enséñeme, enséñeme, enséñeme, enséñeme.

Señor: ¡Con estas canillas! Váyase ya por favor. No debería estar aquí, qué va a pensar la gente.

Niño: ¿Qué gente? ¿No me acaba de decir que es solo? No puedo irme, está lloviendo. Venga, todavía falta el segundo tiempo, yo me voy cuando escampe. *(Se sienta sobre la alfombra y le indica con un gesto al Señor que se sienta).* ¿De verdad no me va a decir cómo se llama?

Señor: No.

¡Volvemos!, si esto sigue así
la Sele podría llevarse la victoria.
No hay que confiarse.
Vamos con todo, muchachos.
¡Pita el árbitro!

Un sueño

El Señor vestido de la misma manera, en su sala, con una taza de café, canta la misma canción que se escucha en su radio “Aunque me cueste la vida”.¹

“Aunque me cueste la vida
sigo buscando tu amor.
Te sigo amando...”

Dirigiendo su voz hacia la cocina.

Señor: Ya nada es como antes, ¿sabés, Luisa? Ni yo mismo, ni vos, ni el fútbol, ni la televisión, ¡ni las canciones! La televisión es plana, plana, plana, ya no parece que contiene en una caja negra personitas miniatura, no; ahora todo se sabe. Y las cosas que no han cambiado son las que tenían que cambiar, los mismos políticos de siempre, la gente de plata de hace años, los equipos que eran malos siguen malos y los otros mejoraron muy poco, la malacrianza de los conductores en las calles solo empeora. ¿Por qué debería yo de serlo? Ser el de antes, antes, como antes, como antes... recordando las cosas tontas, son tonterías, Luisa, eso de que te preocupés porque recuerde el desayuno. Vos no te acordás de muchas cosas, nunca te importaron de esa manera, ni los planes que no se hicieron, ni las playas que dejamos, ni las playas que dejaste por seguirme a mí detrás de una pelota. ¿Por qué te estaba diciendo esto? No sé si es memoria o si es dispersión. Teneme paciencia por favor. *(Sigue cantando junto a la radio).*

“Aunque me cueste la vida
sigo buscando tu amor.

¹ Alberto Beltrán, 1961.

Te sigo amando...”

¡Ah, sí que ya nada es como antes, ni las canciones! Ni las enfermedades, ahora todas tienen nombres, ahora todo está malo, todo viene quebrado. Yo me pregunto qué será gozar de muy buena salud. Como decía mi mamá: “El tiempo lo que hace, es volar.” Y yo, lo que quiero, es ser un papalote, un globo que se escapa, un pájaro sobre el mar. Ay, Luisa, yo no sabía que iba temerle tanto a envejecer, es como morirse diariamente, todos los días muriendo de a pocos, tan a pocos que apenas si te das cuenta. ¿Te acordás de aquel tatuaje que querías hacerte en la nuca cuando se pusieron de moda los tatuajes en el puerto? Iba a ser tu gran secreto, un caballo galopando escondido detrás de tu pelo. ¡Tu mamá! Qué brava, Doña Ñe te habría echado de la casa, Lui. ¿No te arrepentís ahora? ¿De no haberte tatuado ese caballo? ¿Vos no extrañás cómo te quedaba aquel vestido celeste? Ah, imposible olvidarlo.

Se acerca el verano,
no pierda su oportunidad.
Este julio, avistamiento de ballenas
en la costa pacífica.
Una aventura en lancha para toda la
familia.
¡Inolvidable!

Te acordás cuando nos prometimos que íbamos a ver las ballenas. ¡Ah, hagámoslo para tu cumpleaños, sí, eso es!, quiero que para tu cumpleaños me des un regalo, sí, sí, vos a mí, yo sé, eso sí que nunca cambia, pero vos sabés cuánto me gustan los regalos y bien sé cuánto te gusta a vos darlos. Regalame eso, Luisa, una ballena,

una ballena sobre el mar. Quiero que veamos las ballenas antes de que se me llene por completo la cabeza de agua, antes de que se me olvide que quiero que veamos las ballenas, aunque se me olvide que vimos las ballenas. Dicen que cuando dos se quieren con uno que tome es suficiente, y yo te digo, Luisa, cuando dos se quieren con uno que recuerde es suficiente. Quiero que a vos no se te olvide que vimos las ballenas. Un momento... ¿Qué día es hoy? Tu cumpleaños... eso ya pasó hace unos días, ¿cierto? Ah, no creo que lleguemos al que sigue. Tendremos que ir mucho antes a ver las ballenas, quizás para el cumpleaños del niño, ¿de quién es ese niño, Luisa? ¿Es nuestro? Es tan pequeño. ¿Lui? Contestame algo, ¡te he preguntado mil cosas! *(Se va a la cocina)*. ¿Amor? Dejame y te ayudo con la cena.

Como si fuera la primera vez

El Señor duerme en el sillón, la televisión está encendida, un programa infantil lo arrulla de fondo, se escucha a alguien tocar la puerta.

Dámelo, dámelo, ¡yo lo quiero!

¿Qué?

Kay, pero hay que cuidarlo, nunca te he visto cuidar algo...

Agh, no debe ser tan difícil.

De esto depende que crucemos la Tierra Perdida, no lo pierdas.

Vuelven a tocar la puerta.

Sabes, nos hemos estado
preocupando mucho por llegar a la
montaña y no habíamos visto el
camino.
¡Mira, ahí hay pájaros!
¡Guau, tienes razón, y ese árbol!
¡Es enorme!

Niño: *(Tocando la puerta una vez más).* ¡Úpe!

Creo que ya estamos aquí,
ahora sí, dame el mapa.
¡No, no puede ser!
Mey, el mapa ya no está.
Lo perdiste, lo sabía.

Entra una bola de futbol por la ventana, el Niño entra muy, muy, despacio, escucha el programa infantil, se sienta en el brazo del sillón en el que duerme el Señor.

Sí, pero lo recuerdo todo.
Confía en mí, vamos,
juntos no podemos perdernos.

El Señor se despierta y grita, agarra lo primero que tiene a mano y hace a golpearlo.

Niño: Perdón, perdón, esta vez toqué, se lo juro, quería entrar por la puerta,
pero no me contestó.

Señor: ¿Quién es usted? ¡No puede entrar así a mi casa! ¡Pudo matarme!

Niño: ¿Matarlo? Pero ya le había dicho mi nombre, ¿no se acuerda?

Señor: No juegue conmigo, no lo conozco. Sálgase de mi casa, por favor.

Niño: Pero ya le había dicho mi nombre, la vez pasada que entré por la ventana, ¡con el gol de Campbell! Alberto, y fue usted el que no quiso decirme su nombre.

Señor: Alberto. Vea, es de muy mal hábito mentirles a los adultos mayores, si nos hubieran presentado estoy seguro que habría tenido la educación de decirle mi nombre, además un gol de Campbell lo recordaría.

El Señor intenta abrir el cerrojo de una puerta, pero no encuentra cómo hacerlo.

Niño: *(Guarda silencio un momento).* ¿Mi nombre o el suyo?... Alberto.

Señor: Ya... ya me enredó. ¿Qué está esperando? Sálgase de mi casa, por favor.

Continúa intentando abrir la puerta.

Niño: No puedo, por favor, está lloviendo, me voy en cuanto escampe; además, usted no se acuerda, pero yo sí estuve aquí y terminé de ver el partido con usted y usted me contó que era futbolista y ¡me prometió que me iba a enseñar a jugar fútbol!

Señor: *(Asomándose a la ventana porque no ve que llueva).* ¿Yo le hice una promesa?

Niño: Sí, de que me iba a ayudar a convertirme en el mejor futbolista del mundo.

Señor: *(Regresando a la puerta).* Esa es una promesa... muy seria...

Niño: Esa no es la puerta de salida.

Señor: ...no soy dado a hacer promesas, mucho menos una como esa, a mi edad yo le puedo ayudar un poco, pero no sé si tanto.

Niño: ¡Lo prometió! Sí, sí, sí, por favor, por favor, por favor.

Señor: ¡Bueno! ¡Ya!

El Señor, al no haber podido nunca abrir la puerta del baño y por la irritación que le provoca el Niño, termina orinándose encima.

Señor: ¡Ya vengo, me tengo que...! ¡Me tengo que poner unos tenis!

El mejor futbolista del mundo

La sala se ha transformado en una cancha de fútbol, el Señor prepara un auténtico entrenamiento con conos y ejercicios, hay una sensación de que el tiempo pasa volando.

Están a punto de comenzar a practicar atajadas cuando el Señor se percata de que ha dejado de llover, continúan incesantemente pasándose la bola.

Señor: Está oscureciendo, ¿tus papás vienen por vos?

Niño: No, yo regreso caminando.

Señor: ¿Caminando? Deberías irte pronto, entonces... ¿Ellos saben que estás aquí?

El niño niega con la cabeza.

Señor: Vas a meterme en problemas, Alberto. ¿Dónde creen que estás?

Niño: En tutoría de matemáticas; sigamos jugando, todavía hay tiempo.

Señor: Exactamente, todavía hay tiempo, otra de estas tardes podemos volver a jugar... tutoría de matemáticas, y qué vas a hacer cuando te hagan preguntas matemáticas.

Niño: Mis papás no me hacen preguntas. ¡Las únicas matemáticas que quiero saber son las que me convertirán en el mejor futbolista del mundo!

El Niño lo distrae y logra marcarle un gol.

Ambos: ¡¡Gol!!

Llaman por teléfono.

Señor: ¿Aló? *(Mientras sucede la llamada el niño sale por la ventana)*. El hijo de Lucho, claro, me acuerdo de vos cuando estabas chiquitillo con los colochos igualitos a los de tu papá. ¿Cómo? No sabía que estaba mal. Mientras dormía... lo siento mucho, muchacho, de verdad que sí... tu papá era el más alegre de todos nosotros.

Luisa

El Señor busca a Luisa por toda la casa.

Señor: ¡Luisa! Vení, ¡quiero enseñarte algo! ¿Dónde estás? Ay, ¿habrá salido otra vez? Seguro me lo dijo y yo por estar con el televisor no le puse atención *(asomándose por la ventana)*, no, pero si está lloviendo, Luisa nunca saldría así, ¡Luisa!

Va a buscarla de nuevo a la cocina, vuelve a la sala, trata de llamarla por teléfono, pero no recuerda el número. Mientras la busca por toda la casa, el Niño entra nuevamente por la ventana.

Niño: ¡Hola!, estoy aquí, no se asuste, ¡es que otra vez no me escuchó cuando toqué la puerta!

Señor: Ay, muchacho, ¿no viste a Luisa cuando venías de camino?

Niño: ¿Quién es Luisa?

Señor: ¡Mi esposa!

Niño: Pero usted me dijo que usted es solo.

Señor: Qué ocurrencias, muchacho, seguro que lo dije, pero solo como es todo el mundo, solo, pero no solo sin mi Lui. ¡Luisa! ¡Mi amor! Vení que te quiero presentar a alguien. Ah, no, no está en la casa, de seguro salió al súper, bueno, demos un chance a que regrese, ¿de verdad nunca te he hablado de Luisa? *(El Niño niega con la cabeza y el Señor le acerca un retrato de Luisa, joven)*. Luisa ha sido el regalo más grande de mi vida, te lo explico mejor. Es que yo ya lo he hecho todo, me encantaría tener tiempo para contarte, pero ¿quién tiene tiempo de escuchar la historia de vida de alguien más? Eso ya no se hace, varias veces he intentado contar partes de la mía, y la gente parece siempre.... distraerse. Lo viví todo, el fútbol, los amigos, las giras y el amor, ojalá podás tener un amor como el mío. Ah, mi Luisa, ¡qué mujer! Me volvió loco, me cambió la vida, y me la cambió para bien; yo era un tipo arrogante, sin rumbo y malhumorado, Luisa tenía dieciséis cuando nos conocimos, me acuerdo de que estábamos mejengueando en la playa cuando nos atajó la bola antes de que se la llevara el mar, nos sonrió y todos nos enamoramos inmediatamente. Pero fui yo, el único que pudo entrar en su corazón, no me lo hizo fácil al principio... *(Se ríe)*. Teníamos un juego Lui y yo, de decir a qué animal se nos parecía el otro y Lui siempre decía: ¡Vos te me pareces a una ballena! ¿A una ballena, Lui? Pero si nunca has visto una. ¡Entonces habrá que verlas!, decía... Cuando escuché por primera vez de la jorobada, lo escuché de Luisa, no conozco a nadie que haya visto una y francamente no creo que existan... Qué

raro que Luisa no vuelva, ya está oscureciendo (*se pone un abrigo*), ¿podrías quedarte en la casa? en caso de que vuelva y haya salido sin las llaves, ay, es que Lui a veces es tan distraída.

Niño: ¿Y a qué animal se parece?

Señor: ¿Perdón?

Niño: ¿Sí, a qué animal se parece Luisa?

Se escucha un trueno, se hace tarde.

Señor: ¡Que te cuente ella! Voy y la traigo.

El Señor intenta recordar a qué animal se parece Luisa, pero no puede, se queda, como perdido, con su mano sobre el llavín de la puerta.

Un aguacero

Sucediendo al mismo tiempo, al Señor se le ha llenado de agua su cabeza, todo está a oscuras y la lluvia es de tormenta; el Niño sigue en casa del Señor, haciendo series con su bola de fútbol.

Señor: ¡Luisa! ¿Luisa, mi amor, dónde estás?

El Señor no deja de caminar, se le ve intentando recordar cuándo es la última vez que ha visto a Luisa, pero no consigue contestarse.

El Niño hace series y empieza a narrar su propio juego.

Es increíble, nadie nunca ha visto algo así, el récord más grande de series de la historia, ¡no hay forma de que esa bola se le vaya a caer! ¡25, 28, 30!

¿Dónde estará? ¿Qué fue lo que me dijo antes de irse? ¡Ah, no puedo recordar! Voy a llamar al Piedras, vive cerca y tal vez la vio pasar.

35...

¿Aló? Sí, es que quiero hablar con Piedras. Ay, muchacha, ¿cómo?, Piedras, Piedras el futbolista que vive ahí, este es su número o no.

...40

¿Cómo que ya no viven ahí? Y usted, ¿sabe dónde puedo contactarlo? ¿Murió? Pero ¿cuándo y cómo?

...46, 47, 48

Se cae la bola, empieza de nuevo

Vea, muchacha, con todo respeto, yo sabría si mi amigo de toda la vida está muerto, y si de verdad eso es cierto, lo siento mucho porque Piedras era el más inteligente de todos nosotros.

35, 40, 46, 48 y... *(La bola se cae, golpea el televisor, y deja caer el portarretrato con la foto de Luisa).*

Luisa, Luisa, ¿dónde estás? El Piedras, Luisa, ¿lo sabías? Yo debería haberlo sabido...

El Niño junta el portarretrato, por la parte de atrás trae una carta, el Señor se desorienta en su tristeza y vive el duelo de Luisa como si fuera la primera vez.

Señor: La última vez que la vi... *(Recuerda)*. Fue hace tanto... ¿Luisa? Pero no puede ser cierto. No, no, no, no, no, yo debería saberlo, debería recordarlo... Mi Lui, lo siento...

Una luz ciega al Señor, se escucha un sonido fuerte, parecido al del tinnitus, todo se pone oscuro. No deja de llover.

Una promesa rota

Aparece Luisa con su vestido celeste, tal y como la recuerda el Señor, aunque ya no es joven, tiene unos 60 años, y se ve cansada y débil, se pone de pie al lado del Niño. Lee su carta.

Luisa: “Alberto.

Para cuando encuentrés esta carta habré muerto. Quizás se te haya olvidado mi ausencia. O quizás has empezado a recordarla. Durante los últimos meses estuve muy enferma, ¿recordás?, nada grave, una gripe que se fue complicando, eso ya no es importante, me voy preocupada por vos, quisiera no estarlo, pero es así. Siempre quise que dejáramos este mundo; juntos, pero bueno, nada es como lo planeamos, me queda esperarte del otro lado, mi muchacho de la playa blanca.

Te dejo una lista de varias cosas por recordar:

Regar las plantas una vez a la semana.

El número de emergencias está pegado al refrigerador.

El canal del fútbol es el seis y si el tele no funciona tenés que desconectarlo y volverlo a prender.

Tus medicamentos están en la mesita de noche junto al sillón, no los movás de ahí, porque ya no los puedo encontrar por vos.

Sentime cerca, por favor, te estoy cuidando siempre, en esta y en todas las vidas, esperando en esta playa.

Lui”

Los que quedamos

El Señor está solo, ve la novela.

No necesito nada de ti.

Me voy y no volverás a verme.

¡Dejame!

¡Catalina, no! ¡Por favor! ¡Te lo ruego!

¡No puedo vivir sin ti!

Pues debiste pensarlo mejor

antes de traicionarme de esa manera.

Suena el teléfono, una y dos veces.

Señor: Shh.

Catalina, es por tu bien, no lo entenderías.
No, no, lo entiendo perfectamente, Antonio,
Y te lo digo, no para que te importe, sino para que entiendas que no te necesito.
Estoy embarazada y jamás verás a tu hijo.

Suena el teléfono.

Señor: ¡Ah!, ¿quién será?, ¿no saben que estamos en el momento más importante? Dame un momento, Catalina. ¿Aló? ¡Sole! ¿Cómo estás? Ay, tanto tiempo sin ver al Chispas, ¿cómo está él? ¿Sigue dándote problemas? Tengo que sacar el tiempo y pasar a tomar café, es más, ¿por qué no vienen ustedes a la casa? ¿Cómo? ¿Pero que tenía? No, no sabía... no recuerdo que me lo hayás dicho, tal vez a Lui... y a mí... seguramente... se me olvidó. Lo siento mucho, Sole, el Chispas era el más sabio de todos nosotros.

El temporal

Han pasado varios días, el Señor está triste, triste como un niño. Las cortinas están cerradas, se escucha una lluvia de temporal, de a pocos van cayendo goteras por toda la sala, él coloca tazas de café donde caiga una gotera. Se escucha al Niño tocar la puerta, pero no quiere verlo.

Niño: ¡Upe! ¡Ábrame, está lloviendo mucho!

El Señor lo ignora, se tapa con una cobija y se hace un puño sobre el sillón.

Niño: ¡Upe! ¡Ábrame!

El Señor enciende la televisión para no escuchar la voz del Niño... El Niño continúa gritando, el Señor enciende la radio, la cafetera, se tapa con la cobija, cierra los ojos.

Niño: ¡Me estoy mojando! ¡No se haga, yo sé que está ahí dentro, desde aquí puedo ver la luz del televisor! ¡Upe! ¡Don Alberto! Voy a entrar, quiera o no, ¡usted me prometió que me iba a enseñar a jugar fútbol!

El Señor escucha al Niño y se esconde. El Niño toca la ventana, está cerrada esta vez, furioso pateo la bola de fútbol contra la ventana, la rompe y entra.

Niño: ¡¿Dónde estaba?! No puede ser de verdad, estoy empapado... *(Espera unos segundos, pero nadie contesta)*. No me asuste, ¿le pasa algo? Yo no quiero entrar a su cuarto, pero si tengo que hacerlo... *(El niño se acerca y se asoma a esa parte de la casa que le es desconocida, cuando el Señor sale detrás de una cortina, asustándolo)*.

Señor: ¡¡Rar!! *(El niño pega un salto y se le queda viendo molesto, se ríe)*. Pero bueno, muchacho, esas no son maneras, como que cada vez agarra más confianza para irrumpir en mi casa.... además, vea el charco que está dejando por todos lados. *(Le da su cobija para abrigarlo un poco)*.

Niño: Pues me parece de muy mala educación nunca abrir la puerta.

Señor: ¿Quiere un café? ¿Toma café? *(Va a la cocina)*.

Niño: No me dejan.

Señor: Peor es que por esta lluvia le dé un resfrío; qué barbaridad, yo ya a su edad lo tomaba negro y sin azúcar. ¿Tu mamá no te enseñó? Eso es raro. Bueno, la verdad a mí tampoco me enseñaron mis papás, aprendí con un señor que nos prestaba su finca para mejenguear y nos servía café después de jugar. ¡Su primer café! Le puse una gotita de leche para que no lo asuste.

El Niño recibe el café y arruga la cara apenas lo prueba. Empieza a ver cómo hay tazas de café por toda la casa y en cuanto termina procede a tapar una gotera con su taza.

Niño: No me puedo ir si continúa lloviendo así

Señor: ¿Y no te dirán nada tus papás? Está oscureciendo. *(Cae un trueno se va la luz).*

Niño: ¡Se fue la luz! ¡No veo nada! ¿Dónde está? *(El Niño se pone inquieto, le tiene miedo a la oscuridad, el Señor lo nota, se va hacia la cocina y se escucha donde bota y bota cosas). ¿Qué está haciendo? (Vuelve con un par de velas).*

Señor: *(Prendiendo una vela). ¡¡Rar!! (El Niño pega un brinco, el Señor se ríe).* Tranquilo, tranquilo, si solo te estoy cobrando el susto de las veces que has entrado por la ventana.

Niño: ¿Pudo matarme?

Señor: ¡Qué va! *(Cae otro rayo, el Niño se asusta).* Te voy a contar una historia para que no te dé miedo, veámoslo como parte de tu entrenamiento de fútbol, un futbolista no le puede tener miedo a nada, ni a la lluvia, ni a los rayos, ni a la nieve, ni al enemigo, ni a sí mismo. *(El Niño toma la otra vela, la enciende, y se sienta sobre la alfombra, continúa lloviendo y tronando).* Esta es la historia de un caballo indomable, así eran al principio todos los caballos. Cuentan los pueblos perdidos que era un caballo terco y rebelde,

no le gustaba que lo montaran. Un día, el Rey envió al más valiente de todos sus jinetes, pero el caballo, furioso, lo botó y entró en galope, corrió tan, pero tan rápido, que sin querer se tragó una bocanada de viento, un viento bravo y revuelto. El caballo perdió el sentido en la tierra, los estribos que no conocía, ¡empezó a creer que podía volar! Este viento en su pecho lo había hecho dominar un galope de la mayor velocidad; alguien, alguna vez, lo vio galopar sobre el mar, decía que era cierto, era tan, pero tan rápido, que sí, parecía que podía volar. El problema era que quien se tragaba el viento no podía conciliar el sueño. Y así iba el caballo día y noche, noche tras día, trotando y despertando a todos los rebaños. Comenzó a despertar a las gallinas antes de tiempo, a espantar a las vacas, los perros se volvían locos cuando pasaba, querían atraparlo, desde que el caballo no dormía, nadie más lo hacía. Pero era imposible, ni siquiera podían verlo, solo lo escuchaban, sus patas golpeaban la tierra con fuerza y todo retumbaba. Lo habían empezado a llamar Trueno, dicen que antes no llovía de esta manera, pero que ahora cuando llueve todavía se escucha aún más al caballo enfurecido y agotado que corre por el mundo sin descanso.

El tiempo pasa, el Niño se ha quedado dormido, el Señor apaga las velas, se sienta en el sillón, sigue lloviendo

Señor: Buenas noches, Lui.

Cabeza de Agua

Todo está a oscuras, se escucha una orquesta de gotas caer sobre las tazas, la lluvia de afuera no ha terminado, pero se ha calmado un poco. Las gotas empiezan a crecer y crecer en volumen y frecuencia, una parte del techo se cae, y comienza a entrar una cantidad de agua abismal a la casa, la casa se inunda...

Niño: ¡Despierte, despierte! ¡Nos vamos a ahogar, tenemos que salir de la casa!

Señor: ¿Pero? ¿qué? ¿Qué es esto? ¡Enfurecimos al caballo!

Niño: Ya basta de trivialidades, tenemos que salir de aquí.

Señor: No, no podemos. Recuerde...No podemos dejar la casa hasta que pare de llover.

Niño: ¡Pero podríamos morir!

Otra parte del techo comienza a abrirse y otra más, conforme pasa el tiempo, cae agua por todas partes, se escucha la lluvia crecer nuevamente. El Señor se ríe.

Señor: ¡Bueno, rápido, rápido! ¡Hay que traer los paraguas! ¡A sus posiciones!

El Niño no entiende nada y entiende todo a la vez, ambos suben al sillón y comienzan a remar, el agua comienza a inundar los pisos y algunas cosas comienzan a flotar.

Señor: ¡Rema con más fuerza! ¡Más! ¡Más! ¡Es nuestra única salida! ¡Ya te dije, un verdadero futbolista no le teme a nada, ni al mar!

Niño: Mire (*señalando*), ¡son las ballenas!

El Señor no lo puede creer, deja de remar, hace silencio, se acerca al borde del sillón, comienza a reír y a llorar.

Señor: ¡Luisa! ¡Luisa! ¡Rápido! ¡Vení! ¡Las ballenas! ¡No te las podés perder, amor! *(Viendo a su alrededor)*. ¿Luisa? ¿Dónde estás? ¡No puede ser, dejamos a Luisa, tenemos que regresarnos! ¡Luisa! ¡Luisa!

Cae un trueno.

Niño: *(Señalando al cielo)*. ¡Ahí está! ¿Es un caballo, verdad? ¡Luisa! ¡Vea, está en el techo! *(Toma el portarretrato de Luisa y lo hace galopar por el cielo)*. ¡Vea, doña Luisa! ¡Las ballenas! *(Viendo al Señor y a las ballenas una y otra vez)*. ¡Tenía razón, sí se parecen! Y usted también, doña Luisa, no le pierde parecido a los caballos.

Continúan remando, las ballenas comienzan a cantar, la lluvia se detiene, el Niño se va sin que el Señor se dé cuenta, absorto en las ballenas.

Una promesa pendiente

El Señor está en su sala, el Niño también. Han corrido todos los muebles, la casa está en perfecto estado.

Señor: ¡Bueno, ahora sí! ¡El momento más esperado, con ustedes, el mejor futbolista del mundo!

El Niño entra corriendo con la bola, hace un par de trucos, el Señor lo ovaciona imitando a la afición, juegan un rato fútbol. El Señor muestra sus mejores

trucos, y en un momento, entre las mesas que hacen el arco de la portería, mete un gol, el Niño queda completamente impresionado.

Niño: ¡¡GOL!! ¡Usted es muy bueno!

Señor: Bueno, creo que estás listo, te voy a compartir los verdaderos y grandes secretos de ser el mejor futbolista:

El fútbol es una conversación, no se juega solo, se juega en equipo. Nadie es el mejor futbolista del mundo en un mal equipo, hay que ser un buen compañero, un buen amigo, incluso un buen contrincante, pase la bola, cada vez que la tenga, reciba y entregue.

Cuando vaya a patear un penal, vea fijamente al portero, converse telepáticamente con él, cuéntele un chiste y cuando esté por reírse, zas, patee.

Mucha fuerza no necesariamente significa que el resultado sea mejor, a cada cosa el esfuerzo requerido, en la vida no hay que cansarse innecesariamente.

Un sueño es como un gol y un gol es como un sueño, no se anuncia qué va a pasar, es una sorpresa. Requiere convicción, disciplina y esperanza.

Hay que tomar riesgos, hacer lo que cuente la mejor historia, lo que deje el mejor recuerdo, no hay que vivir fuera de la vida. Jugar el juego y no ver a otros jugar.

Todo lo que se hace con alegría, lleva al éxito. Pásela bien.

El placer de olvidar

El Señor está solo en casa, su enfermedad ha avanzado notablemente, no recuerda la muerte de Luisa, ni al Niño, ni haber visto las ballenas. Ha dejado

de llover, en la acera, al lado de la ventana, unos niños juegan fútbol, se escuchan sus voces desde lejos.

Alberto, pasala, pasala.

Vamos, vamos, vamos.

Corré, corré.

Alberto: ¡Luisa! ¡Luisa! Vení a ver, ¡afuera de la casa hay unos muchachos jugando fútbol!

¡Uy, uy! Agh, casi.

¿Puedo salir a verlos? No me va a pasar nada, mirá, ¡ni siquiera está lloviendo!

¡¡GOL!!

¡¡GOL!!

¡Alberto! ¡Alberto! ¡Alberto!

Luisa: *(Desde la cocina).* Alberto, no, vas a resfriarte y hoy viene todo el equipo a comer, si nos enfermamos todos ya no hay quien nos cuide. Vení, ayudame a servir la mesa.

Alberto: Ya voy, es que algo le pasó al televisor, ay, y acordate que el Piedras es bien delicado, toma el café con leche, pero deslactosada.

Luisa: Tenés que desconectarlo y volverlo a prender.

Alberto le hace caso, la televisión vuelve a funcionar.

Este verano,

Avistamiento de ballenas.

Un recuerdo en pareja

para toda la vida

Alberto: *(Entra a la cocina).* Luisa, para tu cumpleaños quiero que vayamos a ver las ballenas, ya no deberíamos postergarlo más.

Sofía Sandoval Navarro



Artista escénica costarricense, se formó en Artes Escénicas, en la Universidad Nacional de Costa Rica. Actualmente ejerce en su país como directora, dramaturga e intérprete y a su vez trabaja como terapeuta holística, con enfoque en artes para la salud.

Entre su trabajo artístico cuenta con su unipersonal: “A las mujeres que somos lluvia”, su dirección más reciente “Incendiaria” (2023) y la obra “La Mudanza” (2021) escrita junto a Silvia Montenegro Gómez.

Es lectora ávida, le gusta mucho el té y la lluvia.

Cabeza de agua

Sofía Sandoval Navarro, 2025

Primera edición (Digital)

Los Del Quinto Piso Editores

San Salvador, El Salvador, 2025

América Central

Edición: Jorgelina Cerritos

Revisión de texto: Jorgelina Cerritos

Diagramación: Víctor Candray

Publicación digital: <https://www.jorgelinacerritos.com/>



18 años de Teatro